

mento *Davan li a sua M.^{ta} = Jo Curtio Romano Italiano =*»

Nótese que á este italiano se le pagaron, por representar un solo auto, 50.000 maravedís, que equivalen á más de los 140 ducados satisfechos antes á Lope de Rueda por los dos del año 1561.

(Por las copias),

F. A. BARBIERI.

UNA CIUDAD MODELO

(Conclusión)

EL segundo de los ejemplos que me proponía citar, aunque menos brillante en la apariencia, es muy señalada muestra del espíritu mercantil de los habitantes de Toledo (y recuérdese que sólo me refiero ahora á la ciudad alta). Como las calles son tan estrechas y tortuosas, que no permitirían en su mayor parte el tránsito de carruajes, hé aquí que de esta natural deficiencia del terreno ha brotado una nueva industria de que viven no pocos zagalones, de las más ínfimas clases de la sociedad. Refiérome á las *correderas*, con cuyo nombre son designados aquí una especie de estrechos carricoches ó carretillas de dos ruedas, sumamente ligeros y provistos de un solo asiento al descubierta, en que el paseante es conducido con toda comodidad á través de la población entera. Semejantes vehículos sustituyen con gran ventaja en el Toledo alto á los *simones* del bajo y son constantemente utilizados por los forasteros, que en considerable número pululan á diario por las calles de la ciudad y aun por los mismos moradores de ella.

Ora á pie, ora en corredera, llevábamos ya recorridos mi buen americano y yo los más interesantes y característicos sitios de la Toledo alta. Mucho llamaron su atención los medrosos *cobertizos*, de cuyas paredes aún penden añejos restos de retablos, y en cuya entrada ó salida, atravesados de noche, al más bravo viene á las mentes una aparición fantástica ó una agresión alevosa; mucho, también, pareció esparcirse en la contemplación de las plazuelas solitarias, de las siniestras callejas y de las temerosas encrucijadas, que suspenden á veces el ánimo, examinadas de noche á la incierta luz de un farolillo de aceite ó á la diáfana claridad de la luna.

Vista ya y aun estudiada en parte la ciudad antigua, hubimos de dedicar los escasos días de que mi amigo podía disponer, á la visita un tanto detenida de la moderna. ¡La ciudad moderna! Si Alfonso X ó Carlos V alzasen desde la tumba sus ojos, se sentirían aún más soberanos al contemplar los inenarrables progresos operados, la regia grandeza, los gigantescos trabajos llevados á cabo á través de los siglos para hacer de Toledo una capital digna de la gran nación señora de dos mundos. Aunque la situación de la Toledo moderna es ya de suyo favorable al desarrollo y ensanche de la ciudad, asentada como ella está á la ribera de un

río caudaloso, ocupando principalmente la extensión de lo que tiempo atrás sellamó la *Vega baja*, no es poco lo que debe en este sentido al genio y á la mano del hombre quien, ora allanando montículos, ora rellenando zanjas, ha contribuído poderosamente á la homogeneidad del terreno y á la consiguiente belleza de lo que, de otra suerte, sólo constituiría una buena capital de provincia.

Notable es en extremo el plan que se ha tenido presente para la formación de las vías públicas, plan que siendo simétrico, nada tiene de monótono. Ocupa el centro de la población un frondoso jardín, ó más bien extenso parque público que, al par que es ornato y gala suya, préstale ventajosas condiciones de salubridad é higiene. Aquí las fuentes monumentales, las rientes cascadas, los pintorescos lagos y los macizos de flores, sirven como de escolta de honor á la gigantesca *Columna cesárea*, que se destaca en el centro, monumento de cien metros de elevación, enderezado á enaltecer el recuerdo y las glorias militares del gran Carlos, cuya enorme estatua de bronce, ataviada á la romana, corona la columna. Pero el asiento y verdadero solio de la elegancia, de labanca y de la animación pública se hallan en la incomparable plaza de Garcilaso con las doce grandes vías que á ella afluyen. Decoran la plaza de Garcilaso, que deja muy atrás á la de la Concordia, de París, en el centro la estatua, del que si fué inimitable cuando cantaba y describía el dulce lamentar de los pastores, supo de igual manera luchar como un valiente y morir como un héroe; y en torno suyo, las alegóricas de Salicio Nemoroso, Tirreno, Alcino y los demás principales protagonistas de sus églogas. En esta plaza se hallan situados el nuevo y magnífico Ayuntamiento, el Teatro de la Opera cómica, varios de los principales hoteles y más lujosos cafés.

Las calles que rodean á la plaza de Garcilaso no son menos dignas de mención y encomio, por la belleza de sus casas y palacios y la magnificencia de los edificios públicos que en ellas radican. Colocaremos en primer término la *del 25 de Mayo* (ya anteriormente citada) que recuerda con su nombre una de las más gloriosas y felices fechas para Toledo, la de su liberación del yugo agareno, por Alfonso VI. Aquí se encuentran la Bolsa, el Banco de España y los principales círculos financieros y comerciales. La elegante calle de Recaredo, donde se hallan la *Armería Real*, la iglesia de San Fernando, fundación de Fernando VI, y algunos de los centros aristocráticos y sociedades de *Sport*. Las anchas avenidas de Carpetania y de la Comedia y las calles de los Concilios, de Esteban Illán y de Carrillo de Albornoz, tampoco son para olvidadas en la enumeración rapidísima de las que, por decirlo así, forman el corazón de la capital de España.

Algo más apartadas del centro, aunque revestidas aún de excepcional importancia, otras notables vías públicas reclaman para sí la presencia del viajero; así la calle de Carlos III que desemboca en la plaza de Palacio, donde se admiran el suntuoso Palacio Real, obra del siglo pasado, y la primera en su género existente en Europa, la estatua ecuestre de Fe-

lipe II y el templo de San Hermenegildo, de severo estilo del renacimiento, aunque decorado con profusión de bronce y jaspes en su presbiterio y con un vasto fresco de Giordano, sólo comparable con el que aquel artista dejó tan bien estampado en la Sacristía de nuestra Catedral. Y ¿qué diré del amenísimo jardín botánico, donde se cultivan todas las plantas del mundo; del parque zoológico, en que la fauna universal está representada; del museo de pinturas, del retrospectivo, del etnográfico y del de monedas y medallas que son otras tantas maravillas en cada género respectivo, de la Universidad central, vasto cuadrilongo de orden corintio que ocupa el centro de la plaza de su mismo nombre; de la Biblioteca Nacional, en que se conservan catalogados dos millones y medio de volúmenes; del Teatro de la Opera y del de la Comedia; de tantas otras construcciones, en fin, modernas en su mayoría, muestra patente del movimiento, vida propia y cultura refinada de nuestra privilegiada ciudad?

Prueba inconcusa de esa misma cultura son los obeliscos, las estatuas y monumentos de varias clases que en lo que va de siglo se han alzado entre nosotros para conmemorar y celebrar hechos gloriosos ó personajes ilustres. En este particular quizá se ha exagerado un tanto; pero entre que un pueblo peque de reconocido ó de ingrato y olvidadizo, la elección no puede ser dudosa. A más de los monumentos que anteriormente quedan mencionados, tiénelos entre nosotros: Alfonso el Sabio, en el paseo de su nombre; D. Fernando de Antequera, Isabel la Católica, Felipe V y Carlos III en diversos paseos y plazas de la ciudad baja; Juan de Padilla, en la alta, entre la Catedral y el Ayuntamiento; Rojas el ilustre dramático, en la propia ciudad alta y su plaza de las Verduras; los arzobispos González de Mendoza, Cisneros, Sandoval y Rojas y Lorenzana; los poetas Medinilla, Lobo y Valdivielso; los prosistas Salazar de Mendoza, Vergara, Palma, Pisa, Rivadeneira y Martín Gamero; el pintor Theotocópuli y algunos guerreros y estadistas antiguos y modernos.

Atendida la ventajosa situación de la ciudad, en una dilatada llanura, no es maravilla que los medios de locomoción sean en ella fáciles, rápidos y numerosos. Así, pues, solíamos utilizar en nuestras diarias excursiones, ora los coches, ora los múltiples tranvías de vapor, de aire comprimido, eléctricos y de tracción animal (los hay para todos los gustos), ora también los vaporcillos que surcan el Tajo, sistema este último agradable, al par que económico, que permite recorrer desde uno á otro extremo la capital, rodeando de paso «el cavernoso monte carpetano» que dijo un poeta antiguo de cuyo nombre no me acuerdo. Agréguese á todas estas prácticas comodidades, la ventaja positiva del alumbrado eléctrico, utilizado con exclusión de los demás en las vías y edificios públicos (y en muchos particulares) de la población; y el uso constante é imprescindible del teléfono aquí generalizado hasta un punto inverosímil, merced á la extraordinaria baratura de los precios establecidos por la empresa y se acabará de formar cabal idea de las ventajosas condiciones que